



# 1

Enero, 1997

# Internacional

boletín de la secretaría de relaciones internacionales del PSOE

## La Asociación Euromediterránea después de la Conferencia de Barcelona

Por Manuel Marín  
Vicepresidente de la Comisión Europea

A un año de la Conferencia euromediterránea de Barcelona es posible hacer un balance provisional que me parece claramente positivo por tres razones.

Por un lado, a pesar del difícil clima de desconfianza reinante en el Oriente Próximo, todos los participantes en el proceso de Barcelona han cooperado en un espíritu constructivo en los trabajos colectivos, han ido a las citas que se señalaban e incluso en los peores momentos de la crisis del Líbano o más recientemente con la crisis israelo-palestina por la apertura del túnel de los asmonéos, las reuniones del proceso de Barcelona se celebraron con la asistencia de todos los socios, incluyendo sirios, palestinos e israelíes: la política euromediterránea es el único foro internacional en el que se ha mantenido el diálogo entre todas las partes implicadas en el proceso de paz.

Por otro lado, hay que destacar la intensísima labor de puesta en marcha del programa de trabajo decidido en noviembre de 1995 en Barcelona, que ha permitido mejorar la coordinación de la cooperación, el diálogo sobre temas políticos y de seguridad y un buen número de actividades en favor de la comprensión norte-sur.

Ha sido un trabajo poco visible, pero necesario, que ha permitido tejer todo un entramado de relaciones euromediterráneas que serán la base para consolidar el proyecto.

Por último conviene referirse al reglamento MEDA, es decir, la base legal que permite financiar los proyectos y cuya aprobación conoció cierto retraso en el Consejo. Finalmente, en julio, se consiguió el acuerdo y el programa MEDA de apoyo a las reformas económicas y sociales en el Mediterráneo es ya una contundente realidad con un desembolso presupuestario para 1996 del orden de 600 millones de ECUs de un total de 4.685 millones disponibles para el quinquenio 1995-1999.

Ha habido otros desarrollos positivos que merecerían ser igualmente destacados, pero prefiero referirme ahora a lo que queda por hacer, que es mucho.

### En este número...

Manuel Marín: La asociación Euromediterránea después de la Conferencia de Barcelona.....	1
Fatah Oualalou: Relaciones Euromediterráneas: Un balance desde Marruecos.....	3
Pedro Moya: El diálogo Mediterráneo sobre la seguridad.....	5
Raimon Obiols: Mediterráneo: en la frontera del nuevo milenio.....	7

continúa en pág. 2

En primer lugar hay que concluir las negociaciones para los acuerdos euromediterráneos bilaterales. Estos acuerdos son el entramado de relaciones contractuales entre la Unión Europea y los doce socios de la cuenca mediterránea (Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Jordania, Israel, Siria, Líbano, Cisjordania y Gaza, Turquía, Chipre y Malta) cuyos objetivos son en términos políticos crear una relación estable y a largo plazo basada en la confianza y en el diálogo permanente, en la vertiente económica se trata primero de preparar y después de establecer una zona económica euromediterránea basada en la liberalización de los intercambios y por último, socialmente, fomentar la comprensión mutua entre las distintas sociedades del Mare Nostrum a través de la formación, la información y los intercambios entre los componentes de la sociedad civil.

Acuerdos de este tipo se han concluido ya con Túnez, Israel y Marruecos; se acaba de rubricar justamente estos días el correspondiente a los Palestinos, se está en fase muy avanzada de negociación con Jordania, Egipto y Líbano. Con Argelia las negociaciones empezarán en febrero del próximo año y con Siria se han realizado los primeros contactos exploratorios. Cabe recordar que con Chipre, Malta y Turquía existían acuerdos de asociación con anterioridad a la Conferencia de Barcelona.

En general la negociación de estos Acuerdos resulta un trabajo complejo y delicado, pero fundamental para la construcción del espacio euromediterráneo. La Comisión presta la máxima atención a este componente y se esforzará en llegar a la primera reunión ministerial después de la de Barcelona, fijada para abril de 1997, con el máximo de Acuerdos concluidos.

Como señalaba antes, esta labor es algunas veces ingrata puesto que la Comisión por su propia naturaleza se encuentra durante las negociaciones en medio del fuego cruzado de los intereses contrapuestos de los Estados Miembros y de los países terceros. Pero debemos ser conscientes de que todos los mencionados comparten una exigencia política de primer orden: establecer y mejorar las relaciones entre las orillas del Mediterráneo para hacer de este espacio tradicional de cultural y comercio una zona, además, de paz, cooperación y estabilidad.

Para la Unión Europea se añade, como se ha señalado en diferentes Consejos Europeos, una exigencia política interna importante: equilibrar nuestras relaciones exteriores entre el Este y el Sur. En efecto, los países del Centro y del

Este de Europa son candidatos naturales a adherir a la Unión. Esta ha preparado una estrategia de pre-adhesión que consagra el interés del flanco Este europeo. Se impone a partir de este momento un reforzamiento de la presencia e influencia de la Unión en el Mediterráneo. En este sentido los países mediterráneos de la Unión (Italia, Grecia, Francia, Portugal y España) han sido los abanderados de este nuevo impulso de las relaciones hacia el Sur. Pero importa destacar que han recibido todo el apoyo y comprensión del resto de los países miembros de la Unión. Ahí se encuentra toda la fuerza de esta política estrenada en Barcelona en Noviembre de 1995: es una política comunitaria que involucra a todos y cada uno de los países de la Unión Europea, desarrollada por las instituciones comunes y asegurada por un soporte presupuestario de envergadura que le da la credibilidad y la continuidad necesarias para conseguir los objetivos de los que he hablado al principio: asegurar para el flanco mediterráneo de la Unión Europea la paz y la estabilidad a través de la prosperidad económica, de la confianza recíproca y la comprensión y el respeto entre todos los países ribereños. El balance de estos 12 primeros meses indica que estos anhelos del principio están hoy más cerca de convertirse en realidad.



## Relaciones Euromediterráneas: Un balance desde Marruecos

Por *Fatalab Oualalou*  
Presidente del Grupo Parlamentario de la Unión  
Socialista de Fuerzas Populares, Marruecos

Hace un año, la Unión Europea y los países del sureste del mediterráneo (esencialmente árabes) pusieron en marcha, con la declaración de Barcelona, el marco general de los nuevos acuerdos de asociación a través de tres dimensiones: política, económica y cultural.

Las interrogaciones sobre el futuro de las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo para una renovación cualitativa implican una evaluación de las relaciones entre las dos partes durante los treinta últimos años.

Las contradicciones creadas por el enfrentamiento árabe-israelí en 1967 y sobre todo en 1973, además de las dos crisis del petróleo en 1973 y 1979, han obligado a la Comunidad Europea a interesarse de una forma puntual por el espacio árabe, a institucionalizar esas relaciones a través del "diálogo euro-árabe" y a buscar su propia política mediterránea.

El análisis de este diálogo durante los años 70 revela una diferencia en las aproximaciones; una es política, defendida por el mundo árabe, y la otra es económica y técnica, propuesta por la parte europea.

La oposición entre estas dos aproximaciones no ha permitido al diálogo "euro-árabe" desembocar en resultados concretos. Este hecho fue en detrimento del mundo árabe en un doble plano, político y económico. Pero Europa no ha logrado reforzar su impacto y su resplandor en el Mediterráneo y en Oriente Medio.

Además de estas oposiciones, otras consideraciones económicas (cambio de equilibrio de fuerzas en materia de energía desde 1986) y políticas (divisiones y contradicciones interárabes), han contribuido al fracaso de este diálogo. Por otra parte, los países árabes del Mediterráneo, a la excepción de Libia, han firmado acuerdos de cooperación con Europa.

El balance de los acuerdos euro-árabes desde los años setenta es muy ambiguo en cuanto a sus efectos sobre las economías del mundo se refiere.

Los efectos proteccionistas de la Política Agrícola Comunitaria (PAC), la expansión de la comunidad a los países del sur de Europa, las consecuencias de la crisis del paro

que afectó a las economías europeas, y la apertura, finalmente, de la Europa unificada a los países de Europa del Este constituyen factores desfavorables a la gestión progresiva de las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo. Las contradicciones entre los países que apoyan el libre cambio, pero que son maltusianos en materia de cooperación financiera (Alemania y Gran Bretaña), y los países proteccionistas, pero favorables al crecimiento del esfuerzo financiero hacia los países del sur (Francia, Italia y España), han contribuido a reducir el interés de Europa hacia el espacio mediterráneo.

En general, en este mundo donde la tendencia es a la globalización y a la emergencia de polos regionales, Europa parece menos activa en comparación con las dos grandes agrupaciones, norteamericanas y nipo-pacíficas, en su entorno regional, que es el Mediterráneo.

### **La Conferencia de Barcelona debe ser un punto de partida para la renovación de las relaciones euro-árabes**

La necesidad de lograr el pacto propuesto por la Conferencia de Barcelona (noviembre 1995), y concretizado por los nuevos acuerdos euromediterráneos, debe tener en cuenta las decepciones acumuladas en el pasado y las exigencias impuestas por la nueva situación en el mundo y en la región.

El mundo árabe debe incitar a la UE para que las dos partes puedan trabajar juntas en favor de una renovación real de las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo.

En paralelo, Europa debe investirse en el plano político para el cumplimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino.

Europa debe buscar una mayor autonomía de acción respecto a la estrategia norteamericana en el Mediterráneo y en Oriente Medio.

Eso creará los fundamentos de una confianza duradera entre las dos orillas y ayudará a sus países a establecer un mecanismo de cooperación en materia de seguridad. Europa no debe dejar a Estados Unidos el monopolio de la iniciativa en el proceso de paz en la zona.

Es necesario que Europa contribuya de manera voluntarista en un proyecto de renovación de las relaciones euro-árabes.

En este sentido, la UE debe mantener un cierto equilibrio en las relaciones con los PECO y los PSEM de otra parte.

Un arbitraje justo entre los dos medio-ambientes es necesario en los planos comercial, financiero y político. Es del Sur y no del Este desde donde la progresión demográfica pro-

los riesgos de desequilibrio y de inestabilidad.

La división Internacional del Trabajo en el seno de la región debe cambiar. Europa no tiene ningún interés en desarrollar simultáneamente una economía informática altamente sofisticada y no abandonar sectores productivos obsoletos (agricultura, pesca, industria que utiliza la mano de obra).

Un nuevo arbitraje entre el sistema productivo y el Mediterráneo es, por consiguiente, necesario.

La UE debe contribuir a resolver las presiones externas del Sur; se trata sobre todo del peso de la deuda. La imaginación para solucionar este problema es urgente, para permitir a las economías del sur que igualen su nivel con las economías europeas.

Entre el mundo árabe y Europa existe un espacio común: el Mediterráneo. Este espacio fue a lo largo de la historia un marco de contactos y de enfrentamientos entre las civilizaciones árabe-islámicas y judeo-cristianas.

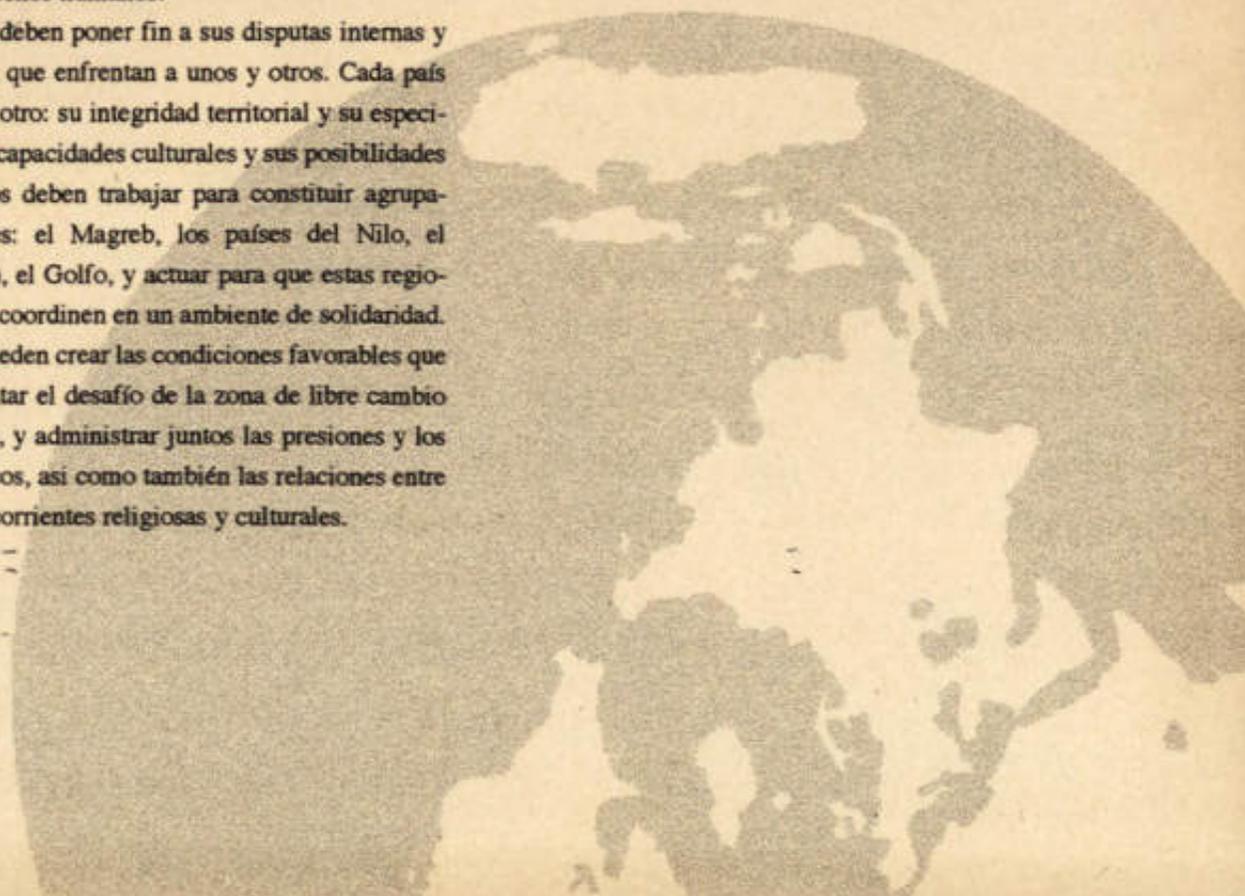
El Mediterráneo debe ser un factor de solidaridad y no de ruptura entre las dos orillas. El acercamiento de Europa hacia este espacio es vital y permitirá a este continente defender sus identidades.

Europa debe reconocer la cultura árabe-musulmana y aceptar los efectos de su contacto con esta cultura a través de la emigración instalada en su territorio.

Esta emigración ha contribuido ayer al crecimiento económico de Europa, y hoy contribuye a su brillo y resplandor cultural y científico.

El mundo árabe, por su parte, debe integrar los valores de la modernidad y las normas universales de la democracia y del respeto de los derechos humanos.

Los países árabes deben poner fin a sus disputas internas y sus antagonismos, que enfrentan a unos y otros. Cada país debe reconocer al otro: su integridad territorial y su especificidad política, sus capacidades culturales y sus posibilidades económicas. Todos deben trabajar para constituir agrupamientos regionales: el Magreb, los países del Nilo, el Mashrek (Oriente), el Golfo, y actuar para que estas regiones cooperen y se coordinen en un ambiente de solidaridad. De esta manera pueden crear las condiciones favorables que les permitan afrontar el desafío de la zona de libre cambio euro-mediterránea, y administrar juntos las presiones y los desafíos económicos, así como también las relaciones entre los Estados y las corrientes religiosas y culturales.



## El diálogo Mediterráneo sobre la seguridad

*Pedro Moya Milanés  
Coordinador de Defensa Grupo Socialista  
del Congreso - Rapporteur del Grupo Mediterráneo  
de la Asamblea de la OTAN*

Hablar de seguridad en la cuenca mediterránea es una empresa ambiciosa, tanto por la amplitud del marco geográfico como por su propia complejidad. Y es que tanto en lo histórico, como lo cultural y lo económico, existen diversos mediterráneos. El Magreb, Oriente Medio, Los Balcanes, Chipre...son en sí mismos microcosmos conflictivos diferentes, si bien ello no es obstáculo para intentar una aproximación global a los problemas de la cuenca.

Tras una serie de iniciativas integradoras de carácter parcial en lo geográfico y en lo temático (Foro Mediterráneo, 5+5...) y la experiencia no cuajada de una CSCM de carácter globalizador, la Conferencia de Barcelona constituye el primer intento de establecer un "nuevo orden" para el conjunto de la región mediterránea, abarcando en sus tres vertientes, económica, socio-cultural y político-seguridad, un ambicioso proyecto de partenariado euro-mediterráneo.

En el ámbito de la seguridad, la Declaración de Barcelona persigue "estudiar las medidas de seguridad y confianza que permitan la consolidación de un espacio de paz y estabilidad en el Mediterráneo comprendida la posibilidad de llevar a término un pacto euromediterráneo". Con anterioridad habían existido intentos similares en el marco de la OSCE y en el diálogo con la UEO, sin demasiado éxito. Más recientemente, la OTAN ha abierto un diálogo con países de la orilla Sur, que continúa desarrollándose.

A mi juicio, el loable objetivo de alcanzar un pacto de estabilidad en el terreno de la seguridad no debe precipitarse, y debe abordarse desde una dinámica de fases sucesivas. De lo contrario se corre el riesgo de que los países árabes proyecten sobre Europa o "Occidente" la sospecha de un intento soterrado de un cierto dominio y control sobre la cuenca.

En tal sentido puede servir de experiencia el diálogo iniciado por OTAN con países mediterráneos -Egipto, Marruecos, Israel, Mauritania y Túnez, a los que luego se suma Jordania-

Esta iniciativa auspiciada por España y apoyada por Italia y

Portugal busca rebajar la potencial conflictividad en el Mediterráneo a través del conocimiento mutuo y de una interacción reforzada.

En la base de este diálogo, subsiste la necesidad en una primera fase de remover obstáculos, superar malentendidos históricos, deshacer imágenes deformadas y provocar un mutuo conocimiento y una mayor confianza. El diálogo se plantea con carácter tentativo, abierto a profundizaciones sucesivas y ampliable a más países en la medida en que la experiencia demuestre su éxito. Se aborda asimismo desde un perfil inicialmente técnico (Staff OTAN y representantes diplomáticos de países árabes) y desde una óptica bilateral, dejando para fases ulteriores un perfil más político o de mayor rango y una óptica de multilateralización del proceso.

La agenda abarca desde la discusión sobre seguridad regional a operaciones de mantenimiento de la paz, intercambio de información a través de cursos y seminarios, visitas de expertos... Aunque probablemente nada ayuda más al mutuo conocimiento que la experiencia de una práctica conjunta. En tal sentido, la participación de países como Egipto, Marruecos o Jordania en las misiones IFOR de OTAN en la antigua Yugoslavia, constituye la mejor expresión de los deseos de colaboración mutua y de un acercamiento efectivo.

En cuanto al proceso de Barcelona, su impacto podría ser sustancial a medio y largo plazo sobre la seguridad y estabilidad mediterránea. El aspecto más interesante de dicho proceso es el esfuerzo por crear una dinámica global a nivel mediterráneo. A diferencia del diálogo OTAN que permanece como foro de discusiones bilaterales, el de Barcelona reúne a intervalos regulares un marco de 15 miembros de la UE y 12 países mediterráneos del Sur.

Y en el terreno estricto de las cuestiones de seguridad, se ha alcanzado un cierto consenso a nivel de principios y se ha avanzado en el compromiso de consulta y cooperación para afrontar un conjunto de problemas comunes tales como la proliferación de armas de destrucción masiva, los sistemas de verificación, el potencial nuclear, las necesidades de un mayor desarme convencional, etc... En tal sentido, convendría relanzar el papel del Grupo de trabajo para control de armas y seguridad regional (ACRS), establecido en la conferencia de Paz de Madrid, en 1991.

El objetivo de este diálogo político y de seguridad es infundir una mayor confianza, lo que algunos han sugerido podría conducir en el tiempo a un "pacto de estabilidad" en el Mediterráneo. Cualquiera que sea su denominación lo

importante es que la dinámica de interacción positiva implique a todos los participantes. A este respecto, podría trazarse un paralelismo con el proceso de Helsinki, que sobre la base de una modesta declaración de principios, condujo gradualmente a una sólida y permanente cooperación en un amplio abanico de cuestiones e impulsó la transformación en profundidad de antiguos regímenes totalitarios.

También en las reuniones post-Barcelona, derivadas de sus acuerdos iniciales, se va abordando, en una dinámica de paso a paso, aspectos importantes para la seguridad de la cuenca como el intercambio de informaciones militares, la negociación de un código de conducta que marque las relaciones entre países, la posibilidad de designar mediadores para conflictos específicos de seguridad, la opción de desplegar observadores en áreas de tensión o las propuestas francesa y maltesa sobre el denominado "pacto de estabilidad".

Hemos apuntado y celebrado la oportunidad de un enfoque global de la cuenca. Pero ello no nos debe hacer perder de vista que el ritmo de avance del conjunto puede verse muy condicionado por el ritmo y la evolución de lo que acontezca en uno de sus polos, y en concreto de la evolución del conflicto israelo-árabe.

Si el proceso de paz en Oriente Medio se afianza y recobra vigor, la dinámica global de la cuenca se verá impulsada. Si el proceso de paz se estanca o se deteriora, toda la cuenca se resiente. En todos los terrenos, también en el de seguridad.

Una reflexión final.- Numerosos países árabes desean ver a Europa jugar un papel importante, acorde con la contribución e influencia económica, en la gestión del proceso de paz y restablecer un mayor equilibrio en unas negociaciones dominadas en exclusiva por Estados Unidos. Algunos signos como el encuentro de Arafat con los miembros de la troika comunitaria (Septiembre 96) y la designación del embajador Moratinos como representante de la UE en la zona, son alentadores.

Y no se trata de ejercer una acción "alternativa" a la de Estados Unidos, sino más bien "complementaria". Javier Solana en su calidad de Secretario General de la OTAN afirmaba recientemente en París que "Europa es un lugar más estable y seguro cuando los europeos y americanos trabajan juntos". Lo mismo podría aplicarse para Oriente Medio.

Para concluir, querer instaurar un sistema de seguridad colectivo llevará tiempo. Este proceso crecerá en la medida en que la confianza gane terreno no sólo entre Europa y el Sur, sino entre los propios países del Sur y en la medida en

que el conflicto israelo-palestino se asiente sobre una paz estable.

Se trata por el momento de hacer ver a los países de la cuenca que pueden contar con una Europa decidida a tomar sus responsabilidades en la estabilidad del Mediterráneo.



# Mediterráneo: en la frontera del nuevo milenio

Por Raimon Obiols  
Secretario de Relaciones Internacionales

La gran cuestión planteada por la política mediterránea de hoy puede establecerse de forma muy simple. Es una alternativa clara entre dos futuros escenarios completamente distintos.

Dentro de un cuarto de siglo, el Mediterráneo será un mar de paz, prosperidad y convivencia entre culturas, o será el escenario de muy graves conflictos sociales, políticos y culturales.

Esta cuestión no afecta sólo a los pueblos mediterráneos. El mar Mediterráneo, que para los clásicos estaba en el mismo centro de la Tierra (medi-terráneo), vuelve a ser hoy, en la frontera de un nuevo siglo y un nuevo milenio, un espacio central que resume y concentra las grandes tensiones del actual escenario mundial. Ha dejado de ser el **Mediterráneo-frontera** del que hablaba Braudel, para pasar a ser un **espacio global** de mediación y de fractura entre el Norte (desarrollado) y el Sur (empobrecido). Un espacio de intercambios y encuentros plurales, de choques múltiples entre sociedades y culturas a la vez muy próximas y muy distintas (con choques religiosos y culturales y un desarrollo social y económico tremendamente desigual).

Un espacio, en fin, lleno de incertidumbre, de grandes interrogantes ante el futuro. ¿Será el Mediterráneo el laboratorio idóneo para probar el acierto de las tesis conservadoras sobre la inevitabilidad fatal del "choque de civilizaciones"?

¿Será el "Río Grande" de la "fortaleza-Europa"?

¿El campo de batalla de los fundamentalismos y racismos del siglo XXI, en un contexto de barbarie creciente?

O, por el contrario ¿será un área de desarrollo compartido, de prosperidad común a los pueblos de sus dos orillas?

¿Será el puente del futuro -un puente para el reencuentro, el diálogo, la solidaridad, la prosperidad entre Europa, África y Asia? ¿Será un *sun belt* o un *slum belt*?

De lo que en esta región acontezca en los próximos años depende no sólo el destino de los pueblos mediterráneos sino algo más: el propio carácter de una evolución mundial que oscila entre los distintos futuros posibles. La frase de

E.M. Foster, "*The Mediterranean-is the human norm*" es válida también en este sentido prospectivo.

Región de conflictos seculares, el Mediterráneo es también la cuna de ideas y culturas básicas sin la que nuestro mundo no existiría. Su futuro marcará también, indefectiblemente, para bien o para mal, el del mundo.

Los socialistas de la región, que hemos incrementado notablemente nuestra relación, en el marco del **Comité Mediterráneo de la IS**, no somos partidarios de dar la razón a los profetas de las catástrofes, a los teorizadores del fin de la historia, a los agoreros del choque entre las civilizaciones. Creemos que los pueblos y los Estados del Mediterráneo podemos avanzar conjuntamente hacia la paz, la prosperidad, el diálogo y la solidaridad.

¿Por qué deberíamos resignarnos ante la hipotética fatalidad de futuras catástrofes? ¿Por qué renunciar a una labor, perfectamente posible, que apunte hacia un horizonte de pacificación, apertura y bienestar? Las respuestas del futuro no están contenidas en ningún destino ya escrito, en ninguna ley histórica. Serán consecuencia de lo que realicemos o dejemos de hacer, en el campo de la política, de la economía, de la cultura.

En un panorama marcado por el desarrollo simultáneo de procesos de conflicto y de cooperación en la región, creemos en la posibilidad de superar los primeros y de desarrollar decisivamente los segundos. Ahí residen las esperanzas de los pueblos mediterráneos ante el siglo XXI.

Pero no seamos ingenuos. Conocemos las enormes diferencias, el desconocimiento mutuo, las masivas actitudes de rechazo y las muestras de xenofobia y racismo. Aunque crece la conciencia de un destino común, de un futuro económico, social y político en el que **la interdependencia constituirá un vínculo más potente que las dependencias coloniales del pasado**, hay en el Mediterráneo fracturas muy profundas -económicas y sociales, políticas, culturales, religiosas- que pueden perfectamente acentuarse en los próximos años dando lugar a tensiones y conflictos incontrolables y trágicos. Conflictos, por otro lado, imposibles de circunscribir en unas fronteras. Nunca el vínculo entre las dos orillas había sido tan estrecho y tan profundo. Y va a serlo más todavía en los próximos años.

## Unos desequilibrios terribles

He aquí algunos datos: una veintena de Estados bordean el mar Mediterráneo. Cuatro de ellos (España, Francia, Grecia e Italia) forman parte de la Unión Europea: sus 165 millones de habitantes dispone de una renta media de unos

19.000 dólares anuales. Los 235 millones de habitantes de los otros Estados mediterráneos disponen de una renta anual de 1.900 dólares: diez veces menos. **En 1992, los cuatro países ribereños de la Unión Europea disponían de cerca del 88% del PIB mediterráneo. Los otros dieciséis países se repartían el 12% restante.** Un español es diez veces más rico que un marroquí. Un francés (20.680 dólares de PIB por habitantes en 1991) es tres veces más rico que un egipcio (600 dólares).

Menos de la mitad de la población produce y utiliza más de las cuatro quintas partes del valor del comercio anual realizado en la región mediterránea. Los intercambios comerciales entre los países del Magreb y el Mashrek no exceden apenas el 7% del total de los movimientos comerciales de la región.

En el Norte, lo que los expertos denominan la **transición demográfica** ( el paso a un régimen moderno de equilibrio, con tasas de mortalidad y fecundidad bajas) está concluida. En el sur, esta transición está iniciada, pero está lejos de haber terminado.

En el plazo de una generación, hacia el año 2025, la población de los cuatro Estados Europeos habrá aumentado apenas -170 millones-, mientras que la del resto de los Estados mediterráneos se habrá incrementado en un 70%: se aproximará a los 400 millones.

Desde Europa, acostumbrada históricamente a una situación de predominio demográfico del Norte (que explica en gran medida las acciones colonialistas del pasado) se contempla con miedo esta expansión demográfica del Sur. Se habla de ella como si de una bomba se tratara. Es no comprender que, en buena medida, se trata de un fenómeno de compensación, de nivelación, en sociedades que habían adquirido un notable retraso demográfico. Por otro lado, los últimos datos estadísticos muestran hasta qué punto se había infravalorado la rapidez de la caída del índice de la natalidad en los países de la orilla sur: el Magreb ha emprendido la "transición demográfica" (hasta el punto que la auténtica fractura demográfica puede llegar a producirse entre la parte suroccidental del Mediterráneo (Mashrek) y la suroccidental (Magreb) y en cambio tenderá a disminuir entre Europa y el Magreb).

El problema reside más bien en las circunstancias económicas y sociales en las que esta expansión demográfica del Sur se está produciendo. Por que el Sur no ha dispuesto de los medios económicos para llevar a cabo su "nivelación" demográfica. Y ello conlleva tremendas consecuencias sociales. En el **empleo**, por ejemplo. En el conjunto de la

región mediterránea, la necesidad de nuevos empleos por año, determinada por el crecimiento de la población, oscila entre el 1,6 y 1,8 millones, de los cuales más del 80% se encuentran en la orilla sur. En el sur se concentran una población masivamente joven, y se produce un incremento extremo del paro juvenil. Así, por ejemplo, resulta paradójico observar como, en el horizonte de año 2000, Tunicia necesitará crear más empleo que España, a pesar de que su población global represente una cuarta parte de la española. **En los últimos diez años el paro ha aumentado en un 53% en el Sur frente a solamente un 9% en el Norte.**

Se ha dicho, con razón, que del mismo modo que el Sur del Mediterráneo no tiene los medios económicos necesarios para su crecimiento demográfico, el Norte no tiene los medios demográficos para su crecimiento económico. Ahí está uno de los elementos explicativos básicos de la problemática migratoria en la región mediterránea: mientras las fronteras del Norte permanecen cerradas, las del Sur tienden a abrirse cada vez más para dar salida a jóvenes que, por no tener trabajo, buscan escaparse al precio que sea.

También el crecimiento demográfico del Sur, en condiciones de pobreza, genera graves problemas de calidad de vida en las ciudades, de desequilibrio territorial y de deterioro del medio ambiente. Un proceso tumultuoso de urbanización se desencadena en el litoral meridional y oriental: abandono del campo y decadencia del mundo rural, acumulación de miseria y de problemas en las ciudades. Hoy, cerca del 58% de la población vive en las ciudades. Se calcula que, a medio plazo, este porcentaje subirá hasta más del 80%. El ritmo del crecimiento urbano en la orilla sur es cinco veces superior al de las ciudades europeas en el período de máximo crecimiento de éstas.

Por otra parte, la destrucción del medio ambiente se acelera en este contexto. La Comisión Brundtland demostró hasta que punto son intensas las relaciones entre la preservación del ambiente y el nivel de desarrollo. Como dijo Brandt comentándolo, *"sabemos muy bien que la pobreza cotidiana de los seres humanos los constriñe a un verdadero saqueo de la naturaleza"*. El futuro de los equilibrios ambientales en el Mediterráneo depende, en definitiva, del restablecimiento previo de un equilibrio económico y social entre las dos orillas.

Si hay dos términos que pueden definir sintéticamente la situación actual de la región mediterránea son éstos: **desequilibrio e interdependencia**.

El desequilibrio es dramático, da miedo. En los niveles de riqueza, las condiciones de vida, la demografía, la estructu-

ra del mercado de trabajo, la distribución geográfica del comercio exterior...

La interdependencia es igualmente obvia. Los países prósperos de la región no pueden cerrar los ojos ante la evidencia de que su destino no puede desligarse del de sus vecinos del Sur. Aunque su interés pueda estar más determinado por consideraciones de seguridad, lo cierto es que se ha avanzado en la percepción de las realidades a afrontar. Los países del Sur saben también que no hay perspectivas de desarrollo para ellos sin una estrecha relación con las economías y las sociedades del Norte. Y aunque esta visión esté marcada por un carácter instrumental, funcional, lo cierto es que contribuye decisivamente al desarrollo de una voluntad compartida, que postula un futuro económico, social y político común.

### El "espíritu de Barcelona"

Por esto, a pesar de los problemas y las crisis, la percepción de intereses comunes se ha ido imponiendo, por encima de fracturas profundas y ha ido creando un nuevo marco de relaciones entre los países de la región, cuyo desarrollo dió un paso decisivo con la celebración de la **Conferencia Euromediterránea de Barcelona**.

Europa ha subvalorado durante mucho tiempo la importancia de la cuenca mediterránea. Ha mirado más hacia el Norte y hacia el Este que hacia el Sur. Ha sido un error serio, porque sin un papel activo en el Mediterráneo y una cooperación entre sus dos orillas, la Unión Europea dimitirá de sus responsabilidades elementales. La seguridad, la estabilidad y la cooperación en el Mediterráneo son objetivos que deben ser cumplidos y que no pueden ser delegados.

En los últimos tiempos parece haber crecido la conciencia de que el destino de la región mediterránea, para bien o para mal, va a jugarse en el próximo cuarto de siglo, y que la Unión Europea debe jugar un papel esencial para que los retos del futuro -económicos y sociales, políticos, civilizatorios, medioambientales- puedan ser resueltos satisfactoriamente.

El 28 de noviembre de 1995 concluía, en Barcelona, la Conferencia Euromediterránea, organizada por la presidencia española de la Unión Europea. No es exagerado decir que significaba un acontecimiento extraordinariamente importante.

Por primera vez en la historia, los representantes de los quince países de la Unión y los de sus doce socios mediterráneos se reunían para debatir conjuntamente sobre sus

problemas comunes. La Unión Europea había aprobado un nuevo apoyo financiero a la región, cifrado en 4.685 millones de ecus, a los que hay que añadir una aportación equivalente del Banco Europeo de Inversiones. Este aumento considerable de la ayuda financiera abrió las expectativas favorables del encuentro, al contribuir al reforzamiento de los vínculos entre los países del Sur del Mediterráneo y la Unión Europea.

Naturalmente, la simple celebración de la Conferencia Euromediterránea no ha cambiado estrictamente nada. Que haya tenido lugar no significa que los gravísimos problemas que afectan a nuestra región hayan sido solucionados, ni mucho menos. En el terreno de los acuerdos prácticos, las decisiones prácticas importantes en el último período han sido los acuerdos del Consejo Europeo de Cannes y los acuerdos bilaterales firmados con Túnez, Israel, Marruecos o Turquía.

Sin embargo, la **Conferencia Euromediterránea** ha servido para crear un espíritu positivo, que debe generar una **nueva etapa en las relaciones entre las riberas Norte y Sur del Mediterráneo**. Y la **Declaración de Barcelona**, aprobada al término de la Conferencia Euromediterránea, se ha convertido en un punto de referencia para una nueva etapa fundamentada en el diálogo, la confianza mutua y la cooperación equitativa. En este sentido, como ha señalado el vicepresidente de la Comisión Manuel Marín, *"la Conferencia ha sido algo más que el símbolo de una nueva era en las relaciones entre la Unión Europea y el Mediterráneo: ha sido el comienzo de un verdadero proceso de integración regional"*.

Ahora, el riesgo a evitar es doble: primero, que se genere una frustración como consecuencia de la no realización de las expectativas generadas; segundo, que todo acabe desembocando únicamente en la constitución de un área de libre cambio. Este último aspecto es especialmente sensible para las fuerzas socialistas y progresistas de la región. Una estrategia ultraliberal acentuaría las desigualdades existentes en el Mediterráneo, el desplazamiento de las poblaciones, la pobreza, la marginalización. Si el integrismo religioso ha adquirido una proporción desmesurada y conflictiva ha sido por estas causas y porque ha venido a llenar el vacío generado por el fracaso de las ilusiones del pasado: el nacionalismo, el socialismo estatista, el militarismo o la tecnocracia.

No hay que compartir las tesis conservadoras sobre el inevitable **"choque de civilizaciones"** como destino fatal de la Humanidad del siglo XXI para percibir la gravedad del reto

planteado por la emergencia de viejos y nuevos fundamentalismos en la región. Rechazamos la visión de una inevitable confrontación civilizatoria que tendría el Mediterráneo como uno de sus campos de batalla. Creemos, por el contrario, en la posibilidad de un futuro de diálogo, reencuentro y solidaridad en el Mediterráneo. El reto se halla en el campo de la voluntad política. A un lado y al otro de nuestro mar. Esta es una tarea urgente para las fuerzas socialistas y progresistas del Mediterráneo.



# Internacional

boletín de la secretaría de relaciones internacionales del PSOE



PSOE

**Boletín de la Secretaría de  
Relaciones Internacionales del PSOE**

**Secretario: Ramon Obiols  
Coordinador: Ricard Torrell  
Responsable: Maribel Pérez**



Impreso en papel 100% reciclado